

Educación y poesía

ANA ISABEL CONEJO

Profesora del IES Juan Bosco de Alcázar de San Juan

En el siguiente artículo, la autora, distinguida con el Premio de Poesía Hiparión del año 2005 por su libro *Atlas*, defiende que el género poético no es un código hermético y accesible tan sólo para unos pocos iniciados, sino un lenguaje abierto y vivo del que pueden disfrutar niños y adolescentes, siempre que se acerquen a él sin temores ni prejuicios, con la naturalidad de cualquier hablante ante una manifestación expresiva en su idioma.

Si hay un género marginado en los hábitos de lectura de nuestros estudiantes, este es, sin duda, la poesía. No es de extrañar, pues cualquier estadística de ventas en librerías nos indica bien a las claras que la poesía ocupa un lugar meramente anecdótico entre las preferencias literarias de los lectores habituales en nuestro país. Es frecuente encontrar personas cultivadas y aficionadas a la literatura que afirman no estar interesadas en la poesía y que exhiben una ignorancia casi absoluta en lo que atañe al panorama poético actual. La razón, posiblemente, haya que buscarla en la reputación de difícil que tiene el género. La poesía contemporánea se con-

¿Cuáles son las razones de este desencuentro? A mi juicio, la principal reside en la falta de naturalidad con la que los alumnos se acercan a los textos. En la escuela, los niños y adolescentes abordan la poesía como un lenguaje artificial y alambicado cuyas claves de interpretación no poseen, y que sólo se vuelve comprensible a través del código de traducción facilitado por el profesor. Ese código se les ofrece a menudo como una relación unívoca y cerrada entre ciertas imágenes o metáforas y la intención expresiva de un autor determinado. Incluso en algunas ediciones críticas de muchos poetas recientes encontramos esa clase de enfoque, que no hace sino empobrecer y falsificar la lectura.

En la escuela, los niños y adolescentes abordan la poesía como un lenguaje artificial y alambicado cuyas claves de interpretación no poseen.

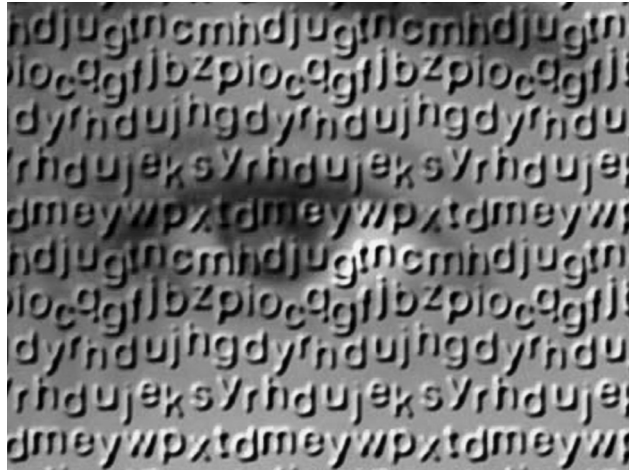
templa a menudo como un lenguaje hermético y comprensible tan sólo para unos pocos iniciados; y el enfoque de su estudio que se realiza en los programas académicos no contribuye en nada, en mi opinión, a facilitar su lectura ni a aumentar su atractivo para el público infantil y juvenil.

No es así, en mi opinión, como debe abordarse la poesía en el contexto académico, pues de ese modo se desaprovecha su increíble potencial educativo. El poema debe ofrecérselo al lector inexperto como un espacio abierto donde se entrecruzan todas las dimensiones del lenguaje. El poema no tiene un significado dado, sino el significado que el lector es capaz de construir poniendo en juego todos los recursos de la evocación y la memoria. La enseñanza puede enriquecer esos recursos

aportando información acerca del contexto en que surgió la obra y de las intenciones comunicativas de su autor, pero esa información juega tan sólo un papel marginal en la aprehensión del texto.

Con esto no quiero decir que cualquier interpretación de un texto poético sea válida, sino que su lectura nunca está cerrada, y que cada nuevo lector enriquece el poema con la red de significados que construye alrededor del mismo. Y esto pueden hacerlo, no sólo los lectores experimentados o eruditos, sino cualquier hablante, siempre que los prejuicios y la desconfianza ante lo que considera una manifestación cultural ajena y elitista no deformen su percepción de la obra.

Cuesta, a veces, hacer llegar esta visión a los alumnos, acostumbrados como están a buscar una clave interpretativa sencilla y cómoda que les permita reducir el texto poético al lenguaje corriente. En una ocasión, después de dar un recital poético en un instituto de secundaria, un alumno me preguntó qué quería decir uno de mis versos: “Sufro ciruelas casi azules como el mar”. Intenté explicarle que no quería decir más que aquello que decía; si hubiera podido decir lo mismo con otras palabras, no me habría molestado en emplear una imagen tan compleja. Intenté que comprendiera que, al introducir la palabra “ciruelas” en conexión con una idea de sufrimiento, trataba de transmitir todo lo que de dulce, pulposo, cerúleo, ácido y áspero tienen a la vez la ciruela y el dolor; y al añadir la comparación con el mar como un elemento de intensidad, inmensidad y bravura, deseaba precisar aún más aquella experiencia que el texto deseaba narrar. Lo que yo quería era que el lector fuese capaz de yuxtaponer en una misma impresión todas las evocaciones que las tres palabras (sufrimiento, ciruelas, mar) poseen para él, y que no tienen por qué coincidir con las mías, aunque pueden ser igualmente ricas y profundas. No podía, por lo tanto, traducir la palabra ciruela a



una idea general como “muerte”, o “fracaso” o “desazón”, que era lo que el muchacho esperaba. El verso quería decir sencillamente lo que decía: ni más, ni menos.

¿Qué ganarían nuestros estudiantes a través de este enfoque del género poético? En primer lugar, la posibilidad de disfrutar de los textos sin gurús ni intermediarios, enriqueciéndolos con todo lo que su capacidad asociativa pueda aportar. En segundo lugar, algo todavía más importante: la capacidad de interpretar mensajes mucho más complejos que los que componen el lenguaje habitual y, a través de ellos, acceder a una profundidad de

El poema debe ofrecerse al lector inexperto como un espacio abierto donde se entrecruzan todas las dimensiones del lenguaje.

pensamiento que no puede alcanzarse a través de ningún otro recurso expresivo. Pero no sólo eso: al permitirles familiarizarse con un lenguaje tan rico y abierto, estaríamos ofreciéndoles, indirectamente, la posibilidad de servirse de esa clase de recursos para expresar sus propias experiencias; aún más: les estaríamos dando la oportunidad de indagar y profundizar de un modo único en esas experiencias, les estaríamos ofreciendo una herramienta de pensamiento; es decir, lo más valioso que la educación nos puede procurar. ●